

de policia constituirá su moralidad, y despues del magistrado será su conciencia el verdugo. Pero no perdais de vista que puede llegar un dia en que este pueblo no tenga ya miedo y no quiera obedecer al freno, como el caballo que se deja conducir porque no tiene la conciencia de lo que puede: ¿qué hará entonces el pueblo? Lo que una fuerza ciega y desencadenada sin freno moderador que la dirija: lo destruirá y lo arrollará todo sin saber á dónde va, ni lo que hace, ni aun lo que quiere; y despues de haber usado y abusado de su energía, despues de haberla agotado en fuerza de violencias y furores, volverá á caer nuevamente postrado, y solo encontrará reposo en el terror de una nueva servidumbre. Tal sucede con el torrente de la montaña, pobre arroyo poco antes, contenido en su lecho por algunos granos de arena; hinchado por la tormentosa nube, arrebata sus encrespadas aguas, rompe los mas robustos diques, lo derriba todo á su paso, arrastra en su corriente impetuosa los árboles, las mieses, los ganados y los edificios, tornando árido y pedregoso arenal la que antes era fértil campiña. Esto mismo puede suceder siempre que los hombres no tengan otro freno que el de la prudencia y el temor: la prudencia desaparece cuando ellos se encuentran mas fuertes; y si alguna vez se encuentran sin freno, pierden el miedo, y se convierten en tigres y leones.

Tambien existe otra manera de respetar la ley, de la cual puedo hablaros con conocimiento de causa, porque la he practicado otras veces cuando alimentaba ilusiones de filósofo, á saber: cierta exaltacion filosófica, que, procurando ser consecuente consigo misma, se impone á este fin algunos sacrificios. Se construye uno su ciencia, su moral y su religion á su manera, se sujeta á su propia obra, y se empeña en realizar el bello ideal que le tiene encantado. Se propone una virtud elevada, sublime, heróica, y se cree practicarla porque suele pensar en ella con frecuencia y tenerla siempre en los labios. Despues nos colocamos sobre el edificio que hemos construido con tanta complacencia, y allí nos admiramos á nosotros mismos teniendo lástima de los otros. No queremos degradarnos con acciones bajas ó vulgares, y en ciertas circunstancias encontramos suficiente fuerza en nuestro amor propio, en nuestro orgullo y aun en la conciencia de nuestra propia dignidad para dominar los sentidos, resistir los apetitos groseros, y permanecer hasta cierto punto en el limite de la justicia. Pero esta es una especie de virtud filosófica que se parece mucho al estoicismo,

menos que le falta la fuerza y la buena fe. Es el estoicismo de la juventud: ¿y cuánto tiempo dura? Vosotros lo sabeis lo mismo que yo: semejante exaltacion no puede subsistir, porque si bien la imaginacion sujete por algun tiempo la naturaleza, esta exaltada por la inteligencia recobra al cabo sus derechos. Por lo demás, esta virtud de convencion, no molesta ni estorba mucho: la moral que uno se fabrica para sí propio no es por lo regular muy severa; ni se queda muy ligado con una religion que uno mismo inventa. Así es que cuando las pasiones rugen; cuando el corazon se encuentra agitado é incitado por los goces; cuando se experimenta el vacío, se concluye por preguntarse á sí mismo:—¿Á qué conduce todo esto? Yo no soy dichoso; el alma no está satisfecha, y á la verdad yo me causo mucho mal en cambio de un resultado pequeño. Y al cabo, si mi naturaleza me impele á satisfacer este gusto y reclama imperiosamente la fruicion de este placer, ¿á que rehusárselo? ¿Y por qué hemos de contrariar nuestra naturaleza? ¿No es prudente seguir sus inspiraciones?—Lo que resta, señores, bien podeis comprenderlo, y no tengo necesidad de deciros en lo que viene á parar esta virtud tan austera y esta exaltacion filosófica.

La segunda condicion de la libertad política es la desinteresada adhesion á la cosa pública: sin esta abnegacion en virtud de la cual se sacrifica el interés privado al interés público, no es posible la libertad de un pueblo. La moral cristiana llena de una manera admirable semejante condicion: como doctrina que es de justicia y de abnegacion propia, sea justa perfectamente con el patriotismo, que por necesidad impone sacrificios al ciudadano. El patriotismo no es una virtud sino comprendido de esta suerte, constituyendo su fuerza, su dignidad y su belleza la abnegacion de sí mismo. Así es que el verdadero patriotismo no es otra cosa mas que una transformacion y una aplicacion de la caridad. En esto es en lo que se diferencia del antiguo y de ese patriotismo moderno, enemigo del espíritu cristiano, y que por lo regular no es mas que la exaltacion de las pasiones y el entusiasmo de la ambicion y del orgullo. El cristiano que lo es con fe y con conciencia no puede consagrarse á la patria á la manera de los paganos, es decir, con fanatismo. La sociedad de este mundo no es para él todo lo que existe, pues pertenece á una sociedad universal que ensancha sus miras, y eleva sus esperanzas y su alma. Por lo tanto, tiene que hacer una reserva respecto de la patria, y es la reserva de su alma y de su eternidad, y por consiguiente no puede como los anti-



guos amar la patria hasta la adoracion, lo cual seria una idolatría.

Antes del Evangelio, los hombres que vivian en sociedad no veian nada mas allá de la cosa pública: confundíase la Religion con el Estado, y los ciudadanos pertenecian por completo á la patria, con alma, cuerpo y bienes. La patria representaba á sus ojos todo lo que hay de mas noble, de mas digno y de mas sagrado sobre la tierra; y cuanto mas miserable era la persona de sus dioses, tanto mas ensalzaban á la patria en la que se reconcentraba para ellos la idea pura de la divinidad tal como todos los hombres tienen necesidad de concebirla. La patria era para ellos una especie de madre abstracta y sensible á la par, que les nutria, les educaba, les instruía, les fortalecía, les protegía con su ternura y les cubria con su gloria. Y es que el corazon humano, en sus nobles aspiraciones, tiene siempre necesidad de consagrarse á alguna cosa. Y como no puede consagrarse legitimamente sino á Dios; si no reconoce á Dios, se consagra á aquello que mas se le acerque y que mas le parece divino. Hé aquí cómo se explica el patriotismo pagano, especie de fanatismo y de santo furor que aun entre las tinieblas de la idolatría nos parece admirable. Pero nosotros que conocemos al verdadero Dios, no tendríamos disculpa si nos apasionásemos hasta tal punto por la patria de este mundo. Nuestra verdadera patria está mas allá, no siendo en último resultado la sociedad terrestre sino el medio para llegar á un fin superior. Evidentemente tenemos deberes para con ella, porque como miembros de la corporacion política participamos de su vida, y recibimos de ella beneficios. Pero le debemos en proporcion de lo que nos da, y por lo mismo nuestra adhesion tiene límites y condiciones, atento que la sociedad es para nosotros, y no nosotros para la sociedad. Esto viene á ser tambien una especie de matrimonio en que todo puede darse por una y otra parte, á excepcion del alma y la salud eterna. Como cristianos que somos, no debemos echar de menos el patriotismo griego y romano, indigno de nosotros, pues el Evangelio nos ha señalado un destino mas alto: la dicha y la gloria del mundo no nos bastan ya, desde que, participando de la ley divina, podemos aspirar á la dicha y á la gloria de Dios.

No seamos tampoco el juguete de ese patriotismo moderno que se nos pondera como la virtud por excelencia, y que las mas veces no es mas que una especie de furor ciego, un orgullo disfra-

zado, una ambicion oculta. A la verdad, yo admiro tanto como el que mas las hazañas y los actos de valor que ha podido engendrar; pero al cabo el árbol se juzga por sus frutos, y yo indago cuáles sean los frutos de vida, de verdad, de justicia y de salud que el árbol de la libertad ha dado al mundo. En el interior solo veo grandes trastornos, divisiones, choques, desórdenes, cadalsos y sangre; y como consecuencia de tan terrible estrago una sociedad conmovida hasta en sus fundamentos y que no puede recobrar su base: veo por todas partes la invasion progresiva del egoismo, y á todos los miembros del cuerpo político ocupados en su vida propia y afanosos en beneficiar el cuerpo social en peculiar provecho, lo cual á todas luces es opuesto al verdadero patriotismo, cuya virtud se la presta el sacrificio. Veo en el exterior pueblos hollados, naciones oprimidas, países desolados, y anegada en sangre toda la extension de la tierra. En vista de tales horrores no puedo dejar de creer que tan desastrosos efectos no han podido producirse por un principio bueno, pues el verdadero bien no se cumple nunca por medio del mal: no puedo menos de creer que esta supuesta libertad que se ha querido imponer á los pueblos por la fuerza, ha sido hipócrita ó ilusoria. No, no es ese el verdadero patriotismo, porque en él no se encuentran el desinterés y la abnegacion; por el contrario, es pasion desordenada, orgullo, ambicion, amor de gloria, todo lo que querais, menos sacrificio. El cristiano no puede participar del entusiasmo facticio; ni del furor brutal de ciegas y desordenadas pasiones.

¿Y qué cosa es la abnegacion cristiana? El sacrificio de sí mismo en las aras de la ley, del deber y de la justicia: mas todavía; el sacrificio de sí mismo por la caridad, sacrificio cumplido con calma, con energía, con perseverancia por una voluntad ilustrada é inteligente que tiene la conciencia de lo que hace, y que sabe á dónde va y á dónde quiere ir. Tal es la fuente del patriotismo cristiano: abnegacion verdadera, pero mesurada; abnegacion sincera del interés propio, pero con ciertas condiciones. El cristiano jamás puede entregarse por completo á las cosas del mundo: solo á Dios y por Dios le es lícito consagrarse de esta suerte. Así es que su fe debe limitar en todo caso su virtud política, pues la libertad no es aceptada por la fe, sino en tanto que se conforma y se somete á ella, debiendo reinar el cristiano en el fondo del alma del ciudadano. Sí, nosotros amamos la libertad, la libertad verdadera; pero existe una cosa que amamos mas aun, y esa cosa



es la eterna Verdad, Dios, su palabra, su Religion, su Iglesia y la salvacion de las almas: sí, amamos la libertad, pero con Jesucristo que es su principio y con la fe en la palabra de Jesucristo, sin la cual carece de garantía: amamos la libertad; pero si tuviésemos que escoger entre la libertad política y la fe católica, renunciaríamos mil veces á la primera por conservarnos fieles á la segunda. Cuando se nos venga á predicar la libertad sin la fe y contra la fe, sin Jesucristo, sin Dios, sin Religion y sin Iglesia, dirémos muy alto:—No la queremos: no queremos esa falsa libertad. No: no queremos esa falsa libertad, y por eso se nos presenta como enemigos de la libertad verdadera, siendo así que somos enemigos mortales de la libertad hipócrita. Hace ya mucho tiempo que la conocemos: ella es hermana y ministro de la diosa *Razon*; ambas tienen el mismo origen; han salido del mismo lugar, y las anima el mismo espíritu, el espíritu del infierno, que las ha suscitado contra Dios y contra su palabra. Poder violento y desordenado, libertad desgreñada, y si me es lícito decirlo, libertad haraposa, con el puñal en la mano, ceñido el gorro rojizo, y anegados los piés en sangre, hé aquí, señores, lo que se ofrece á nuestra admiracion, á nuestro amor y acaso á nuestra adoracion. Pero nosotros, puesta la mano sobre el Evangelio, respondemos con calma:—Si eso es lo que llamais libertad, no la queremos, no la hemos querido, ni jamás la querrémos.

No debo terminar esta conferencia consagrada á deslindar las relaciones de la moral cristiana con la libertad política, sin responder á las declamaciones del siglo XVIII, aglomeradas en uno de los últimos capítulos del *Contrato social*. En él afirma el Filósofo de Ginebra que una sociedad libre, compuesta de verdaderos cristianos, es materia imposible, y que un cristiano sincero no puede ser buen ciudadano. Y ¿quereis saber, señores, de qué manera justifica el filósofo semejante paradoja? Una sociedad de verdaderos cristianos, dice, no podría subsistir, á causa de su misma perfeccion, pues tales gentes son demasiado perfectas para poder ser ciudadanos: una sociedad de verdaderos cristianos no sería una sociedad de hombres. Á esto se puede responder: Si no son hombres serán Ángeles; ¿y por qué no habia de poder subsistir una sociedad de Ángeles? Y á la verdad que no se comprende por qué razon no habia de subsistir entre Ángeles una asociacion libre basada en el respeto á la ley y al derecho, y en la abnegacion y sacrificio á la cosa pública. Por el contrario, debe creerse que las

inteligencias puras habian de amar la verdad y la justicia sobre todas las cosas, y que podrian ser al menos tan capaces de abnegacion y desprendimiento como los insignes ciudadanos del *Contrato social*.

Con el desigmo de calumniar las las virtudes cristianas suelen exagerarse. Así es que dicen algunos: El cristiano es indiferente á las cosas del mundo, solo piensa en las del cielo, y solo á ellas aspira; luego es incapaz de ocuparse en los negocios humanos. ¿Y por qué? pregunto yo ahora; ¿por qué el cristiano ha de ser mas incapaz que el hombre que carece de Religion y de fe? ¿Acaso tiene menos inteligencia por hallarse iluminado con la luz del Evangelio? ¿Tendrá menos fuerza de voluntad y menos valor por ser sostenido de la virtud divina? Pero es del todo indiferente á las cosas de la tierra. ¿Y quién os lo ha dicho? ¿Os merece crédito la historia? Pues ella en sus modernos anales desde el establecimiento del Cristianismo hasta nuestros días, os muestra grandes príncipes, insignes ministros y ciudadanos ilustres que no solamente han sido verdaderos cristianos, sino tambien santos varones. Pues que, ¿acaso no hay medio entre el fanatismo y la indiferencia? ¿No podemos ocuparnos racional y concienzudamente en los intereses y en los deberes de la tierra, sin dejar por eso de pensar en el cielo, en Dios y en la eternidad? Los deberes del cristiano no excluyen de ningun modo los deberes del ciudadano: por el contrario, ellos se sostienen y se fortifican mutuamente. Un cristiano verdadero cumplirá con los unos y los otros tan bien como cualquiera otra persona, y aun mejor que nadie, porque su fe le inspira un respeto mas profundo hácia la ley, y mayor desinterés y abnegacion para con la cosa pública.

Dicen tambien los contrarios: El cristiano es manso y humilde de corazon y por consiguiente servil y cobarde. ¿Cómo se atreve un hombre á insultar de esta suerte á sus semejantes, que cuando menos valen tanto ó quizá mucho mas que él! ¿Con qué objeto se profiere un ultraje tan gratuito, y cómo se pretende excusarlo? ¿Por qué razon ha de ser la humildad causa del servilismo? A ser esto así, ciertamente que deberiais de ser muy fuertes, muy generosos, muy libres; pues no os serviria de estorbo la humildad. Segun vuestra confesion propia, la ambicion engendra la tiranía y es el mayor enemigo de las sociedades libres: y como vosotros no quereis ciudadanos humildes, antes bien temeis que lo sean demasiado, luego vosotros los quereis soberbios y ambiciosos; y así



bien presto tendréis tiranos, siendo así que el orgullo es la madre y la fuente del despotismo.

Decís que los cristianos son cobardes porque son mansos de corazón. ¿De cuándo acá? Leed la historia desde los Apóstoles; y recordad un san Pablo, los Mártires, los soldados cristianos del Imperio, la legion Tebana y los caballeros de las Cruzadas. Y en nuestros días, ¿son acaso más cobardes que los otros los que practican los preceptos religiosos? ¿Son cobardes los que van á las extremidades del mundo á exponer su vida por la salvacion de sus hermanos, arrostrando en extraño suelo todos los sufrimientos, todas las privaciones, y todo linaje de persecuciones por anunciar la divina palabra á las almas sumidas en las tinieblas de la idolatría? ¿Son cobardes esas piadosas mujeres consagradas al cuidado de los enfermos y los moribundos, que consumen su vida entre los padecimientos y las miserias, y se dedican por completo á salvar las almas de aquellos á quienes alivian el cuerpo? Lo repito, ¡insulto gratuito! La humildad no implica el servilismo, así como tampoco la mansedumbre produce cobardía. La dignidad verdadera, el valor cristiano, que tiene su raíz en la conciencia y se alimenta con el temor y el amor de Dios se avienen perfectamente con la humildad y la dulzura.

Por último, arguyen con que el cristiano, siendo tan desinteresado y poco afecto á las cosas del mundo, no es idóneo para ocuparse en sus negocios. ¿De cuándo acá, responderé yo, se tiene por perjudicial el desinterés para la administracion de la cosa pública? Por el contrario, ¿no es el desinterés el alma del verdadero patriotismo? ¡Y á la verdad que hoy día no hay motivo de quejarse por sobrado desinterés en la gestion de los negocios! Tal vez no estaria de mas introducir en la administracion pública algunos de esos hombres humildes, mansos de corazón y desinteresados: acaso no estarian de mas en el manejo de nuestros intereses algunos de esos cristianos que saben dominar sus apetitos y sus pasiones, contener su egoismo, y sacrificar al público el interés privado; algunos de esos que saben hacer el sacrificio de su orgullo y de su ambicion, y que administrarian la fortuna del Estado conservándose pobres, dirigirian la fuerza pública sin usar jamás de la violencia, colocarian la ley sobre todas las cosas, aplicándola igualmente á todos, y respetarian escrupulosamente los derechos y la dignidad de sus conciudadanos por cuanto se respetan á sí mismos, y temen y aman á Dios. En fin, parece que en fuerza de mal-

querencia para con el Cristianismo, y en particular para con la Iglesia, se pretende olvidar que la historia de la Religion cristiana es la historia de la emancipacion del mundo. El Évangelio ha emancipado sucesivamente al esclavo, á la mujer, al siervo, al municipio y al pueblo: al presente, desde la nueva era que acaba de inaugurarse, la Iglesia está engendrando una sociedad nueva, y bajo la inspiracion de su glorioso Pontífice, por medios bien diferentes de los que emplean los modernos reformadores, trabaja en fundar y realizar sobre la tierra la verdadera libertad política, formando al mismo tiempo naciones libres y verdaderos ciudadanos.